

hoy escribe

Pablo Sorozabal (*)

zelatan

Musica de fondo

Los medios de reproducción mecánica y electrónica de la música —del sonido en general— han supuesto una prodigiosa conquista cultural, una revolución sólo comparable a la que en su día significó la imprenta. La música, gracias a esa tecnología, ha podido llegar virtualmente a todas partes y a toda clase de gentes.

Esto constituye un inmenso bien, pero —la paradoja es sangrante— esos mismos medios, al acceder al grado sumo de desarrollo que en la actualidad han alcanzado, han asestado a la música un golpe poco menos que mortal. Hoy día la música está, literalmente, hasta en la sopa (es difícil encontrar un bar o restaurante, café o pub, donde, detrás o delante del absurdo griterío de la clientela —¿por qué, dicho sea de paso, la gente tendrá que hablar a gritos?— no suene música a más o menos potencia decibélica). Difícil es, en rigor, hasta encontrar un sitio en la montaña, el bosque, la playa o el pastizal donde no suene música proveniente de algún ignoto e ineluctable transistor lejano o cercano, invisible como Dios y todopoderoso como El.

La música está presente por doquier, pero esa su omnimoda presencia la ha vaciado de existencia. La música ha dejado, casi, de existir. Con la música sucede como con esos muebles familiares u objetos domésticos que están desde siempre a tu alrededor en el hogar, que los has visto siempre, pero jamás los has mirado. Pero es el caso que la música no es para oír sino para escuchar, lo mismo que el ojo no ve hasta que no mira.

Si nefasto e intolerable es el que en los locales públicos a los que acudimos para menesteres absolutamente ajenos a la escucha de la música, se nos obligue a oír, para mí el colmo del absurdo radica en una costumbre cada vez más extendida, y que no dudo ni un instante en calificar de abominable, a saber: la de mucha gente que en sus hogares conecta el «compact» o la radio a fin de tener música de fondo mientras conversa, trabaja o realiza

cualquier tarea doméstica. ¡Qué profundo, que gran desprecio hacia la música y hacia la palabra cuando, sobre todo, dicho hábito se practica en medio de una conversación! Para mí no hay un sólo tipo de música a la que no conceda el mínimo interés que la convierte en digna de ser escuchada (con independencia, claro está, de que en cada caso particular pueda parecerme buena o mala), pero si mi interlocutor, como me ha sucedido muchas veces, pone en el tocadiscos o en la radio, como «fondo» a nuestra conversación, música de la más alta calidad artística, me inflinge todo un martirio. Me resulta dolorosamente imposible hablar y atender a lo que el otro me dice mientras, al fondo, oigo, pongamos por caso, el *Poema del éxtasis* de Scriabin, un *Lied* de Brahms cantado por Kathleen Ferrier o Theo Adams, o toda una sinfonía o un cuarteto de Beethoven. Ha habido ocasiones en que me he puesto a escuchar la música, sin enterarme de lo que mi interlocutor me estaba diciendo, y en algún momento dado, al quedar al descubierto mi inatención, ponía como disculpa y pretexto mi semisordera...

Hablaba yo de todo esto el otro día en Hondarribia con la escritora Eva Forest, persona que se confiesa carente de una gran sensibilidad hacia la música, pero que —¡loado sea Dios!— posee la exquisita sensibilidad y el no menos exquisito respeto hacia ese arte como para jamás incurrir en el desmán de degradar una música con una conversación y una conversación con una música.

Quizá, como afirman algunos lingüistas, sea un error equiparar la música a un lenguaje. Pero si la música no es lenguaje, si es, sin lugar a dudas, un entramado de *significaciones* y *signos* que apelan al mundo de los sentimientos a través del sonido— en su incidencia sobre el sistema nervioso. La música, por tanto, no puede ser simplemente oída sino que debe ser escuchada, como condición indispensable para su entendimiento. Para en-

tender la música es preciso atenderla, no desentenderse de ella. Se trata de una tensión hacia ella, a la que sólo se accede si se produce una *distensión* hacia otros objetos.

Algunos grandes pianistas, al ir a iniciar su ejecución ante el público, reclamaban de éste un absoluto silencio revelador de su extrema atención hacia la música que se disponía a escuchar, no a oír. Y alguno de tales pianistas llegó incluso a actitudes y gestos claramente recriminatorios de la falta de atención por parte del público, retirándose, en más de una ocasión, del escenario hasta que dicho silencio quedaba establecido. Beethoven, quien, como todos los músicos de su época, dependía económicamente en buena medida de los grandes señores y aristócratas, llegó a negarse a tocar en sus salones y a manifestar un magnífico y encomiable desprecio por algunas personalidades de alta alcurnia, a las que consideraba meros zoquetes en materia artística, lo que no es de extrañar, viniendo de alguien cuya insobornabilidad e independencia de criterio le llevó (en carta a Breitkopf y Hartel) a hacer esta tan certera y aguda crítica de un genio al que, por otro lado, admiraba profundamente. Goethe: «Goethe se siente excesivamente complacido dentro del ambiente cortésano, muchísimo más de lo que cumple en un poeta».

Los que amamos la música odiamos la música. Odiamos la música que se nos impone y que interfiere nuestras relaciones extramusicales. Odiamos la música porque la amamos. El mundo de hoy, con su desmesurada inflación musical, está creando las condiciones de un odio/amor hacia la música en las que acaso ésta pueda hallar su única salvación, la de negarse a ser oída para alcanzar el *status* que exclusivamente le pertenece: el de ser escuchada, atendida. Sólo así la música podrá dejar de estar presente, para, por el contrario, ser existente.

(*) Músico y Escritor

Indarkeriaren etsaiak isilik

Sri-Lanka-ko goera «normalduta» bide zegoen, Indiako Armada indarrean orain dela aste batzu, desmasien eta txikizioen bitartez, uhartean «bakea» lortu zuenez geroztik. Sri-Lanka «aska-tuan» Indiako Armada arrotza paraje haicitan zertan ari zen da aisa konpren-tzen. Baina, badakizue: tamildar aber-tzaleek indar hartuata erabili zuten. Okupazio militar nabarmen baten aurrean gaudela dirudi... Baina...

Hala ere, gauzak ez daude batere geldi. Sri-Lanka-ko tamildar «Tigre»-ek gerrillari eutsi bide diote berriro. Ottamawadi herriskan, Battikaloo probintzian (Ceilan-go Ekialdean), indiar «or-denu-patrulla» horietako bat eraso dute.

Erantruna ez da luzatu. Benetako gu-daketa bat gertatu da inguru hartan: indiar armadak, «desordenuak» ama-itzeko, morteroz bonbatu du Ottama-wadi ahula, etxetxoak eta txabolak andanaka txikituz.

Ondorioa hau izan da: bederatziti indiar soldadu eta zortziti bat tamildar «Tigre» hilik; gehi 24 bat hilik eta beste 20 bat zauriturik herriko tamildar zibilen artean. Sarraski galanta!

Sri-Lanka-ko tamildarrek beren erreinu berezia izan zuten uharteko Ekialdean; eta erreinu hori berreraiki nahi dute, horretarako autodeterminazio eta askatasuna eskatuz.

Hori aitortu beharrean, aidameneko Estatuaren armada bidali diete su eta gar.

Non dira «bakezale» porrokatu horiek, oraindik ere hitz bat ere zapalduen alde altxatzen ez dutelarik?

Guk ongi dakigu; eta irakurleak ere bai.

TXILLARDEGI

hemeroteca

Rechazar con decisión ciertas posiciones religiosas

(«ABC», 26-12-87)

El mensaje del Rey a la nación ha tenido este año singular importancia: destaca sobre el conjunto de notables y prudentes sugerencias que constituyen la teoría o el resumen de los precedentes mensajes de Navidad. (...)

Vivo todavía está en el recuerdo de todos los españoles el justificado rechazo con que fue recibida la equívoca carta pastoral de tres obispos vascos, para cuyas ambigüedades políticas no ha sido excusa suficiente, en verdad, la coacción presumible del miedo.

El comunicado de la Conferencia Episcopal expresó alguna censura a la carta de los obispos vascos, lo que, en la prudencia habitual de estas manifestaciones, hizo que expertos en asuntos eclesiásticos calificaran de «dura» la reacción de los obispos. Lo normal es que no hubiera habido ni comunicado. Al documento de la Conferencia Episcopal hay que sumar las declaraciones de su presidente, el cardenal Suquia, guipuzcoano, que rechazó con inteligentes palabras la pastoral de los obispos vascos. Por otra parte, aunque el Vaticano haya reaccionado con el silencio, oficiosamente ha hecho saber su descontento, cosa lógica, dado el perjuicio que la pastoral de los obispos vascos

ha causado en la opinión pública, a la Iglesia española y a Roma.

El mensaje

(J.L. Gutiérrez, en «Diario 16», 26-12-87)

La alusión a los medios de comunicación sintonizó con una de las grandes preocupaciones de gobierno en estos momentos, especialmente en las cuestiones relacionadas con el terrorismo etarra.

El Monarca que contundente en la defensa de la indisoluble unidad de España, y en la crítica a quienes «justifican» las acciones terroristas por razones «políticas, sociales o religiosas», acaso recordando, en este último punto, la polémica y reciente pastoral de los obispos vascos.

La llamada al diálogo con aquellos que no tengan las manos «ensangrentadas por el crimen o la indignidad» parece decantarse claramente en la controversia en torno al diálogo o la negociación con ETA y la discutida condonación de los delitos de sangre, en el todo de un discurso razonable, lleno de sentido común y sin fisuras en torno al problema terrorista.

El mensaje del Rey

(«El País», 26-12-87)

La cobarde agresión a la convivencia en paz de todos los españoles que entraña la actividad criminal lleva a don Juan Carlos a

pedir una clara actitud de rechazo no sólo para quienes hacen correr la sangre de los españoles víctimas de sus atentados, sino también para «quienes los amparan, disculpan o justifican, cualesquiera que sean sus posiciones políticas, sociales o religiosas». No hace falta forzar el texto del mensaje para ver en la frase una referencia a la reciente pastoral de los obispos vascos, que, más allá del ámbito del juicio moral propio de su misión, se adentra en el delicado terreno de la contingencia política.

Juan Carlos I el sensato

(Pedro Calvo Hernando, en «Navarra Hoy», 26-12-87)

(...) A menudo se elogian discursos o actitudes del Rey y alguien capciosamente lo hace para criticar de paso al Gobierno, por aquello de las comparaciones. Parece mentira que gentes aparentemente bien informadas ignoren que el Rey no dice ni una palabra ni da un solo paso que no hayan sido acordados

con el Gobierno, con su presidente. Cuando Su Majestad tiene que efectuar algún viaje, por ejemplo, se reúne con el presidente Felipe González para informarse de cuáles son los grandes rasgos del mensaje a difundir en el exterior o en el interior del país, dejando lo demás a la iniciativa y a la cordialidad del monarca. Las relaciones del Rey con Felipe González son fluidas y amistosas y se ríen mucho juntos. Y a los mandatarios extranjeros les fascina recibir o ser recibidos por Don Juan Carlos. (...)

